SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD (A)
Homilía del P. Bernabé Dalmau, monje de Montserrat
11 de junio de 2017
Ex 34,4b-6.8-9 / 2 Cor 13,11-13 / Jn 3,16-18

Queridos hermanos y hermanas,

Las lecturas de hoy han sido breves, también lo será la homilía. Quisiera subrayar dos ideas.

La primera es que en nuestra relación con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, más que preocuparse en pensar por qué debemos creer que hay un solo Dios en tres personas, debemos hacer madurar nuestra fe en Dios a través del mismo camino que siguieron los discípulos de Jesús.

En efecto, los apóstoles se encontraron con un compañero, Jesús de Nazaret, que los atrajo profundamente por lo que decía y hacía.

Descubrieron que tenía una relación muy especial -única podemos decir nosotros- con Dios, hasta el punto de llamarlo "Papá", algo inimaginable para un judío. Les enseñó cómo debían practicar los mandamientos revelados a Moisés, siempre profundizando las causas y las motivaciones. De esta manera establecía un nuevo estilo de relación entre la gente, hasta el punto de darnos como único mandamiento el inseparable amor a Dios y al prójimo. La novedad -y lo será hasta el fin de los siglos- es que la salvación venía a través de la cruz, pero la cruz se demostró garantía de resurrección.

Fruto de este misterio pascual, Jesús nos daba su Espíritu, que es lo que nos hace comprender y asumir las enseñanzas de Jesús y nos da la fuerza de poder amar como Dios nos ama a nosotros. La humanidad de Jesucristo nos acerca al Padre y nos comunica el Espíritu Santo. Por eso, ser cristiano no es tanto una imitación humana de Jesús como vivir la intimidad que él tiene con el Padre y con el Espíritu. Esta intimidad nos es dada por el bautismo, que nos empuja a profundizar su gracia a lo largo de la vida.

La segunda idea quiere ser una insistencia en los dones de la esperanza y de la oración: son aquellos ríos de agua viva que Jesucristo afirmó que saldrían del interior del que cree en él. Esperanza, que se junta a la fe en Dios Padre, y oración, inspirada por el Espíritu Santo. Todo ello se traduce en la alabanza, alabanza en los labios y en el corazón. Alabanza con que expresamos a Dios que somos cristianos. Un cristiano que no parte de la alabanza a Dios tambaleará en la fe, desfallecerá en la esperanza y quizás transformará la caridad en mero activismo.

Para concluir, un testimonio positivo: el de Beda el Venerable, el monje más sabio y más santo de la Inglaterra de la Edad Media. Amaba mucho a su país: escribió su historia. Pero amaba aún más la Sagrada Escritura, que comentó con profusión. ¿Sabéis cómo terminó su vida? Dictando el último de sus múltiples libros y diciendo simplemente: "Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo". Y concluye el biógrafo: "Entregó el espíritu después de haber pronunciado el último de los nombres divinos".